

La Doctrina Social de la Iglesia en Venezuela

De León XIII
a
Juan Pablo II

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) nace hace cien años con el rechazo absoluto al socialismo, con el reconocimiento del carácter natural de la existencia de capitalistas y proletarios y con la convicción de que ambas clases están hechas la una para la otra y por lo tanto pueden y deben llegar a avenirse. Los caminos hacia esta armonía serían las asociaciones de obreros y las obrero-patronales por un lado, y la acción del Estado por otro. La finalidad del Estado sería el bien común; pero en un estado de cosas en que los capitalistas hacen prevalecer sus intereses sin contrapeso, y los proletarios, desesperados y desorientados por los socialistas, responden con una guerra sin cuartel que lleva a la devastación, el Estado debe garantizar y respaldar los derechos de los obreros, y así canalizar sus justas demandas, de modo que, llegándose al debido equilibrio, se logre la paz social estable que conduce a la verdadera prosperidad. Para entrar por este camino es imprescindible que los individuos y las sociedades reencuentren a Dios como fundamento de la trascendencia, del reconocimiento al otro y de la fraternidad. Esas serían las bases de solución de la "cuestión obrera", tal como la planteó León XIII hace cien años.

A raíz del Concilio Vaticano II cambian un tanto el lenguaje y la sensibilidad, pero el esquema sigue siendo sustancialmente el mismo. En la *Populorum Progressio* (1967) la cuestión obrera se proyecta a nivel mundial: no se trata sólo de las clases sociales dentro de un país sino de la división internacional del trabajo (establecida y controlada por el Occidente supradesarrollado para su provecho exclusivo) que está creando una sima creciente e infranqueable entre las naciones, con las mismas consecuencias que describía patéticamente León XIII.

Las encíclicas de Juan Pablo II, *Laborem Exercens* (1981) y *Sollicitudo Rei Socialis* (1987), abren un nuevo capítulo en la DSI al colocar al trabajo como la fuente de la valoración y al privilegiar al trabajo subjetivo sobre el trabajo objetivo, es decir al trabajador sobre la obra de sus manos. Esto cambia el sentido de la armonía social ya que ésta estaría basada entonces sobre la hegemonía del trabajo sobre el capital y por tanto de la solidaridad sobre la competencia. De este modo, al hacer justicia al marxismo, se lo puede justamente superar. La solidaridad, entendida como "solidaridad de los pobres entre ellos, solidaridad con los pobres, a la que los ricos son llamados, solidaridad de los trabajadores entre sí" (LC 89) sería la superación dialéctica de la lucha de clases. La dictadura del proletariado a través del Partido y del Estado vendría a ser superada por la concertación a través del diálogo y la negociación, desde un Estado gestor del bien común y apoyo de los de abajo, y desde una red tupida de asociaciones, entre las que tendrían que destacar las organizaciones populares. El materialismo y la dialéctica immanente quedarían superados en un humanismo integral que no sólo se plasma en valores sino en relaciones, acontecimientos e instituciones.

No creemos pecar de injustos al afirmar que estos planteamientos de Juan Pablo II no sólo no están plasmados en nuestro país en instituciones o en estructuras o tan siquiera en proyectos sociales de envergadura sino que ni siquiera están planteados, es decir lanzados sobre el cuerpo social. Es cierto que se han publicado artículos, que se han dado algunas charlas y que incluso hay grupos que los encarnan; pero todo esto todavía no ha alcanzado tal consistencia que posea visibilidad social. Es obvio que lo propugnan los Medios de Comunicación Social, lo que se enseña en las universidades o en las escuelas, lo que se debate en el Congreso o lo que implanta el gobierno va normalmente en dirección contraria. Incluso tendríamos que preguntar si tiene cabida en los púlpitos, en los centros educativos o en los Medios de Comunicación Social de la Iglesia.

Pero no hay que ir tan lejos: ni siquiera el planteamiento clásico de la "cuestión obrera", en los términos planteados hace cien años por León XIII tiene cabida hoy en Venezuela. Nadie, que no sea ciego, puede dejar de admitir que esta cuestión no está resuelta en Venezuela, más aún que se agrava cada día más, y este

La Doctrina Social de la Iglesia no ha sido aplicada en Venezuela

El problema de la ideología

agravamiento coincide con el alejamiento de los caminos que propuso el Papa: en nuestro país no hay asociaciones obreras (los que se llaman sindicatos son más bien seccionales de los partidos), tampoco existen asociaciones obrero-patronales, y el Estado ha renunciado a su papel de gestor del bien común y apoyo de los de abajo y concentra su poder en autoconservarse para usufructo de la tribu política y en su papel de gerente del capital. El resultado de esta dejación es la disolución del cuerpo social, el empobrecimiento galopante, la violencia horizontal incontenible, la degradación política y la falta de resolución económica.

Sin embargo hay que afirmar también que en nuestro país la Doctrina Social de la Iglesia se ha expresado en múltiples iniciativas de carácter asistencial y promocional y en algunas de carácter organizativo. Tal vez estas últimas nacieron un tanto alcohortas y por eso su desarrollo ha sido más bien magro. Las asistenciales y promocionales, sin desconocer las limitaciones propias de sus esquemas, han tenido un desarrollo sostenido y uno de los síntomas de su fertilidad ha sido precisamente en muchos casos la superación interna de esos esquemas.

El principal obstáculo de la Doctrina Social de la Iglesia en Venezuela, que trabó su desarrollo, impidiéndole que diera más de sí, ha sido, a nuestro modo de ver, de carácter ideológico. En nuestro país nunca existió un peligro marxista serio. Los comunistas nunca tuvieron ninguna probabilidad, ni remota, de tomar el poder. Y, hasta la formación del MAS, nunca hubo un partido verdaderamente socialista. Y sin embargo desde la carta colectiva del Episcopado del año 36 ("Peligros actuales y norma de conducta que se debe observar en la difícil hora que atravesamos") hasta entrados los años 80 se ha considerado que el enemigo antagónico era el comunismo. No supimos leer los signos de los tiempos. Al polarizarnos frente al hipotético peligro comunista, nos transamos, más por omisión que por comisión, con el capitalismo liberal, su enemigo jurado, que en este tiempo se arraigaba en Venezuela impregnándola poco a poco de su espíritu. En la práctica, ya que no en teoría, nos aliamos con él y en este preciso sentido los que nos consideramos Iglesia venezolana, por omisión, somos cómplices de la crisis moral que atravesamos.

Es cierto que se hablaba de la "tercera vía" como superación, tanto del capitalismo liberal como del colectivismo marxista; pero esa tercera vía se identificaba sin más con la institucionalización vigente en el país, de modo que el problema era el de integrar a ella a los marginados. Así pues se rechazaba el socialismo y se aceptaba una cierta versión del capitalismo. Se aceptaba el orden establecido, aunque no sus abusos. De ese modo se vaciaba en gran parte la Doctrina social de la Iglesia.

En algunos países latinoamericanos la institución eclesial está ligada al orden establecido a nivel estructural: posesiones, paquetes accionarios, gruesos depósitos bancarios. No es este el caso de la institución eclesial venezolana que por circunstancias históricas, asumidas a veces como oportunidad de Dios, sigue siendo hasta hoy, si no una Iglesia pobre, sí al menos una Iglesia no sólo de pocos recursos sino que por lo general no busca su encumbramiento institucional, una Iglesia sencilla que salvo excepciones no tiene pretensiones de gloria mundana. Sin embargo sí es una institución que se siente representante de todos los venezolanos y que inconscientemente entiende esta representación en coordinación con las demás instituciones que también dicen representarlos. En este sentido está dentro del orden establecido, y las demás instituciones de él la consideran como una de ellas. Cuando decimos orden establecido no nos referimos al orden constitucional que más bien exigiría su transformación sino a la actual correlación de fuerzas sociales con sus estructuras e instituciones. Este orden se establece, sobre todo a partir de la dictadura perezjimenista y la democracia del 58, como alternativa al comunismo. Eso propició la posibilidad de la convergencia entre la institución eclesial y las otras instituciones.

Hay que decir que, aunque deseó y buscó ese reconocimiento, una parte de la institución eclesial no está cómoda con esa representación, sobre todo a partir de los años 80. Pero sigue ostentándola y por eso se refiere de ordinario en sus alocuciones más solemnes no sólo a los fieles sino a todos los venezolanos. Es cierto que no ha pactado con los abusos ni ha participado de la corrupción ni se ha beneficiado económicamente de su representación simbólica. De ahí deriva su enorme credibilidad. Pero no se ha empleado a fondo contra el orden establecido y su espíritu, vaciador de cualquier relación personalizadora ya que entroniza como fuente de valor la posesión de mercancías prestigiosas. Y no lo hizo porque le parecía que sería hacerle el juego al comunismo y porque, desde el imaginario de la Rerum Novarum, le parecía un orden natural, descontando los abusos. Por eso la institución eclesial no percibió

¿Ideologización marxista?

el talante inhumano del liberalismo positivista ambiental, que en esta etapa ideológicamente neoliberal acaba por imponerlo todo.

No negamos que en la Iglesia venezolana pudo darse algún cortocircuito con el marxismo que dificultó a la Institución eclesial el discernimiento. Sin embargo no podemos olvidar tampoco que el marxismo venezolano a partir del año 68 comenzó a hacer la crítica que hoy se ha impuesto fácticamente en Europa Oriental.

Así pues, entre nosotros no se trató de contagios con el materialismo dialéctico ni la dictadura del proletariado ni el estatismo del partido único y la planificación central. Todo esto estaba superado fundamentalmente en Venezuela. Lo que recogíamos como válido del marxismo y lo que hoy seguimos aceptando es lo que con lenguaje marxista técnico retiene la *Laborem Exercens* y la *Libertatis Conscientiae* (Nº 83). Lo mismo que de un modo más diluido reconocía en lúcidos y matizados artículos el entonces secretario de la Conferencia Episcopal Mons. Ovido Pérez Morales. Tal vez la ideologización ocurrió en el aspecto de la lucha de clases entendido más como horizonte difuso y como discurso que como método de acción. Porque hay que reconocer que estos cristianos en Venezuela se mantuvieron siempre en el nivel político. En Venezuela no hubo participación cristiana en la lucha guerrillera ni prédica en este sentido. Creemos que en nuestro país este proceso de discernimiento del marxismo se vivió con bastante paz y cordura. Por eso no asistimos el año 72 a la convocatoria chilena de Cristianos por el Socialismo, sobre cuyos textos tomamos posición en SIC (368 (sep-oct. 1974) 351-58). Esa no fue, pues, la ideologización que impidió que la DSI diera más de sí en Venezuela. Fue, sí, ceguera no emplear todas las fuerzas en combatir un proyecto tan radicalmente deshumanizador como el que, en el plano ideológico, acaba de imponerse. Nos parece que a nivel eclesial a esto contribuyeron instancias eclesiales foráneas que trajeron a nuestro país polarizaciones que no respondían a razones internas.

Preocupación por la Cuestión Social

Sin embargo creemos que la crisis venezolana de los años 80 encontró a la Institución eclesial en buen momento espiritual y le ayudó a clarificarse, a desideologizarse, a atenerse a lo real para buscar respuestas reales. Nos llevó a todos a afincarnos cada vez más en la espiritualidad y la pastoral, y a dejar cuestiones que no correspondían a nuestra realidad. Así, aun antes de la *Solicitud Rei Socialis*, se fue llegando a un estado de ánimo muy similar al que expresa el Papa allí. Por eso estamos más preparados para asumir el impacto teórico de sus dos encíclicas, que todavía están casi inéditas, no sólo en el país sino en la propia Institución eclesial. Creemos que esa debe ser una tarea de estos años. Como se lleva andado un camino, estas encíclicas no serán sólo para nosotros una mera propuesta sino más bien una ayuda para elaborar nuestra teoría, es decir la interpretación adecuada de nuestro proyecto pastoral, ya en camino y así salvaguardarlo y profundizarlo.

Hacia el futuro

La caída del socialismo real y la crisis consiguiente en esos países puede ayudar a la Doctrina Social de la Iglesia a clarificarse, si sabemos interpretar los signos de los tiempos. No nos referimos a las enormes dificultades culturales y técnicas del reajuste del paso de una economía planificada a una de mercado y de una política de partido único a una democracia.

Nos referimos a la crisis que provoca pasar de una propuesta humanista (así tuviera crasas insuficiencias y desviaciones y estuviera muy desgastada) a otra afincada en un individualismo que sólo busca prevalecer. Es obvio que lo que cayó, se cayó solo porque no tenía consistencia. Pero también es hora de preguntar si el cristianismo ayudó en esos países a discernir los elementos válidos del socialismo que hubieran hecho posible una evolución distinta. El discernimiento llevado a cabo por Maritain en presencia del Frente Popular español en 1934 (a pesar de lo allicorto de su propuesta alternativa fundada en los valores) no fue acogido seriamente por la cristiandad. Podría pensarse que las encíclicas de Juan Pablo II que por fin hacen justicia y superan el marxismo llegan demasiado tarde. Seguramente que el propio Papa para estas fechas ha llegado ya a la conclusión de que incluso el comunismo que conoció, inaceptable por supuesto, era menos malo que lo que acontece hoy ya que él tenía en la mira al ser humano en tanto el neoliberalismo pone al ser humano en función del mercado y la mercancía. No es, sin embargo, tarde. Siempre es tiempo, si no lo perdemos. Aunque, para que no nos ocurra lo mismo que con el marxismo, la necesaria superación del neoliberalismo también tiene que hacerle justicia. Esa es nuestra tarea. Pero para eso necesitamos superar su horizonte. A esto nos ayuda esta Doctrina Social de la Iglesia.